



¿Para quién es la iglesia?

En nuestra sociedad existe un dicho, “como te ven te tratan”. Es un dicho muy popular y se usa en todos los ámbitos. La discriminación de diferente índole es muy clara en nuestra sociedad. Este concepto no es algo extraño. De alguna manera todos nosotros hemos discriminado y nos han discriminado. La discriminación es darle a ciertas personas un trato perjudicial dependiendo de su raza, sexo, clase social, religión, etc.

Ahora, esta discriminación, no sucede dentro de la iglesia, ¿cierto? Uno de los escritores del Nuevo Testamento, Santiago, nos dice que sí; desafortunadamente, a veces sí. La discriminación en la iglesia, ¿es porque la iglesia cristiana es sólo para un grupo de personas? ¿Es sólo para santos? ¿Sólo para buenas personas? ¿Sólo para personas de cierta lengua, país o raza? No, la iglesia es para todos. Cuando se trata en la iglesia a personas como si no debieran estar ahí es porque hemos olvidado tres ideas.

Nosotros y ellos

Vivimos en una Sociedad muy selectiva. Una sociedad que nos hace pensar demasiado en la separación, en el concepto de nosotros contra ellos. Es decir, la sociedad se caracteriza por ser discriminativa de acuerdo a diferentes razones. Puede ser el color de la piel, la cantidad de dinero, el apellido que tengas, como te vistes... En fin, en nuestra sociedad hay muchas formas de discriminación.

Santiago nos exhorta a que dejemos de lado esta discriminación. ¿Cómo puede ser que la fe cristiana nos haga discriminar en vez de aceptar con brazos abiertos? La razón es que podemos pensar que ser cristianos nos hace mejores seres humanos. Sin embargo, **ser cristiano no te hace mejor persona; te hace una nueva persona.**

Esta diferencia es importante. Creerte mejor persona te hace verte superior a los que no son tan buenos. Pero ser una nueva persona te hace estar agradecido con tu Salvador que te hizo nuevo. Una buena persona depende de sus actos para su identidad. Una persona nueva depende de la transformación efectuada por alguien más, Dios. Ahora, ¿cómo contrarrestamos este problema dentro de la iglesia?

Dios y nosotros

Dios es el parámetro que nos muestra el camino para dejar de menospreciar a cierto tipo de personas y exaltar a otros. Él escoge para ser ricos en la fe a personas no basados en sus riquezas, o en su piel, o en su nacionalidad sino sólo por su misericordiosa voluntad. Nosotros deberíamos hacer lo mismo y no privilegiar a cierto grupo de personas que según nuestro juicio merecen ciertos privilegios.

De hecho, no es tanto un estándar establecido. Muchas veces menospreciamos a los indigentes porque son indigentes, pero muchas veces menospreciamos a los intelectuales porque son intelectuales. Hay quienes menosprecian al pobre por su pobreza, pero también hay quienes menosprecian al rico por su riqueza. Las dos formas son discriminación. Para evitar esto debemos ver al hombre como Dios lo ve, con gracia y misericordia; pensando en su necesidad de un Salvador independientemente de cual sea su situación.

Es decir, Dios no nos ve como pobres o como ricos, no nos ve como blancos o morenos, no nos ve como estudiados o sin educación. **Él nos ve en nuestra relación entre él y nosotros.** Sí, él nos ve como iguales porque la única real diferencia es la que existe entre él y nosotros. Dios es santo mientras que nosotros somos pecadores. Dios es justo, nosotros somos injustos. Dios es el amor perfecto, pero nosotros amamos muy imperfectamente. Es con esto en mente que podemos dejar de discriminar. Pero, ¿cómo ponemos esto en práctica?

Mi prójimo y yo

El segundo mandamiento más grande, “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, es la respuesta. Nuestro prójimo es todo aquel que está a nuestro alrededor, da igual que sea igual o diferente a nosotros. Pero, ¿qué significa que amemos al prójimo como a nosotros mismos? Quiere decir que debemos imaginar que nosotros somos esa persona a la cual le estamos haciendo el bien. Ama al huérfano como si tu fueras el huérfano; ama al rico como si tu fueras el rico; ama al pobre como si tu fueras el pobre.

Este es el principio esencial para evitar la discriminación. Dios quiere que nos veamos como los discriminados y actuemos según eso.

La verdad es, que para los que creemos en el evangelio, no debería ser muy difícil imaginarse eso. En el evangelio vemos que Dios debería discriminarnos por nuestro pecado. Sin embargo, no hizo esto, sino que se puso en nuestro lugar y fue discriminado por nosotros. Jesús, siendo rico, se hizo pobre por nosotros y murió desechado de los hombres en nuestro lugar. Cristo amó a su prójimo, nosotros, aunque no éramos merecedores de ello de ninguna manera.

Con esto en mente podemos decir que la iglesia es para todos. No sólo para santos, no sólo para ricos o pobres, estudiados o no; es para todos. Porque todos los seres humanos tienen una necesidad desesperada de Dios y eso es lo que la iglesia intenta suplir.